

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista general, por Josefina.—En un Album [poesía], por don Juan A. de Viedma.—La Hermana menor [continuacion], por don E. Hernandez.—La Desposada del Marino, por doña Francisca Carlota del Riego y Pica.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Pliego de Dibujos.*

REVISTA GENERAL.



COMO la pluma para hacer una ligera revista del año de 1861 y me encuentro indecisa sin saber lo que he de decir á mis amables lectoras.

Y es que el año de 1861 ha sido por excelencia el año de las indecisiones.

Indecision en política, indecision en la moda, indecision en todo.... hasta en el amor: conozco mas de un matrimonio que debia haberse realizado en el año que acaba de terminar y que ha pasado al presente todavía en estado de indecision. Ha sido una influencia verdaderamente climatérica.

Y, sin embargo, no ha dejado el año de ser fecundo en sucesos; pero que en su mayor parte han quedado sin una solucion definitiva. Iba á citar en apoyo de este aserto la separacion de una parte de los Estados-Unidos de América, y me encuentro con que los dos Estados que primero se separaron se llaman *Carolina y Virginia*, nombres femeninos, y me veo precisada á decir, estropeando una frase de Shakespeare: *separacion*, tienes nombre de mujer! ¿Es acaso que las mujeres somos mas separatistas que los hombres? Ah! yo creo que mas bien suspiramos todas por la *union*. ¿O es acaso que como la cuestion es de esclavos, no queremos que se nos emancipen? Esto es mas posible, aunque nada hemos dicho cuando han sido emancipados los siervos rusos.

Tambien ha sido año de inundaciones; pero esto

ha proporcionado á la emperatriz Eugenia el placer de demostrar que aun conserva vivo en su corazon el amor á su patria, dando en París un baile, cuyos productos se destinaron al socorro de las poblaciones de España, que sufrieron por aquella causa.

Tambien ha sido año de lutos, y diferentes córtes la han vestido por espacio de muchos dias, pues son varios los monarcas, príncipes y personas notables que han pagado su tributo á la inexorable parca. Entre otros recuerdo en este momento á Federico Guillermo, rey de Prusia; al fecundo autor dramático Scribe; al cardenal Brunelli; al príncipe Gortchacoff; al sultan de Turquía; al príncipe Adam Czastorski; al rey D. Pedro V de Portugal y á sus hermanos los infantes D. Fernando y D. Juan; al elocuente Padre Lacordaire y, finalmente, al príncipe Alberto, consorte de la reina de Inglaterra.

A propósito de estos dos régios esposos he leído no hace mucho dos anécdotas, que prueban el mútuo cariño que se profesaron. Cuando todavía no eran consortes, la reina Victoria dió al príncipe en un baile su ramillete: el príncipe entusiasmado con este don, sacó un puñalito, y haciendo una abertura en su uniforme, al lado del corazon, colocó en ella el ramillete; la reina al ver brillar el puñal, se desmayó. Otra vez, á consecuencia de una de esas pequeñas disensiones domésticas, que no faltan aun en los matrimonios mas felices, el príncipe se retiró á su cuarto: á poco rato sintió dos golpecitos á la puerta y preguntó quién era.—Abrid á la reina, le contestó una voz dulce.—La reina me dispensará; pero necesito estar solo.—Alberto, abre á tu esposa, volvieron á decir desde afuera.—Abrió entonces el príncipe y la reina se precipitó en sus brazos.

Pero dejemos reposar en paz á los muertos, y



pasemos revista á las escentricidades que la Moda ha impuesto en el año anterior. Los hombres con sus cuellos de camisa á la marinera, sus corbatas matizadas con todos los colores del arco iris, sus chalecos color de lila, sus carriks color de ceniza; las mujeres con sus enormes crinolinas, sus paletós á la inglesa, que desfiguran los talles mas esbeltos, sus sombreros de ala levantada, sus peinados recargados de adornos.

A propósito de peinados se refiere una singular historia acaecida en Berlin. Cuando las fiestas de la coronacion de Guillermo I las damas prusianas hicieron ir de París un célebre peluquero, que se propuso escederse á sí mismo en aquella ocasion, y sus nobles clientes quedaron profusamente empolvadas, doradas y plateadas; pero en el peinado de la condesa G... fué donde el artista agotó sus mas caprichosas combinaciones. La condesa G... tenia una magnífica cabellera, y el peluquero formó con ella un monte de rizos, coronado por otro monte de flores, plantando luego triunfalmente, en medio de aquel espléndido follaje, una gallarda pluma, cuya aguda punta parecia querer amenazar al cielo. No dejó de parecer á la condesa algo atrevido este peinado; pero el artista juró que era la última moda, dejóse ella convencer y se hizo conducir al baile de palacio.

Causó profunda sensacion su entrada; fijáronse todas las miradas en la orgullosa pluma, y la condesa sorprendió cuchicheos y sonrisas que la desconcertaron. Refugióse en un salon desierto y procuró quitarse el malhadado adorno; pero el peluquero lo habia asegurado de manera, que todos sus esfuerzos fueron inútiles. Acertó por dicha á pasar el baron de V... primo suyo y oficial de Guardias, y le suplicó que la ayudára, pero el baron no obtuvo mejor resultado: el tocado de la condesa se descomponia, y la pluma permanecia inmóvil. La condesa lloraba de despecho.

—Cómo harémos? decia el baron.

—Por Dios, córtala, primo mio!... Yo no vuelvo á entrar en el baile con ella.

—Cortarla? pero con qué? Aquí no será fácil encontrar unas tijeras.

—Ah sí! Con tu sable!

Arrodillóse la condesa, y como una víctima resignada presentó su graciosa cabeza al sacrificador. Decapitada la pluma, se levantó la bella jóven sonriendo, y se puso á bailar, jurando interiormente no volver á tener tan ciega confianza en los peluqueros franceses.

Muy larga se va haciendo ya esta revista y me es preciso concluir. Sabeis, lectoras mias, cuáles eran las dos cosas que mas llamaban la atencion en

París al terminar el año? La una era el proyecto de los ómnibus acuáticos, pequeños barcos chatos sobre el Sena, que ha sido acogido con mil bromas, aconsejando algunos que cuando el rio se hiele, establezca la empresa trineos rusos ú organice convoyes de patinadores; la otra es el magnífico palacio que está edificando en el bosque de Vésinet la célebre prima donna Rosina Stoltz.

JOSEFINA.

LITERATURA.

EN UN ALBUM.

Elena, el arpa ruda
Que pulsé en las riberas dó has nacido,
Sobre la áspera roca de la duda
En pedazos saltó. ¡ Ya mis canciones
No llegan de la vírgen al oido
Sus dormidas pasiones
Queriendo despertar! ¡ Ya no hallo acentos
Que muevan al amor los corazones
Cuando es mi voz juguete de los vientos!
Pide, pues, á otras arpas su armonia,
Que himnos darán á tu virtud, Elena,
Y deja enmudecer al arpa mia
Como alma aislada en que anidó una pena.

JUAN A. DE VIEDMA.

LA HERMANA MENOR.

[Continuacion.]

V.

Cuando la llamaron y entró en la sala, Enriqueta estaba de pié y se disponia á partir.

Pobre Enriqueta! En su tristeza habia algo de sombrío y fatal.

La canonesa, al estrecharla la mano, la dijo al oido:

—Paciencia y valor, hija mia. Voy á pedir al cielo que nos inspire un medio de salvarte, y en cuanto le encuentre volveremos á vernos.

—Gracias, la contestó Enriqueta. Ya sé lo que debo hacer. Adios.

Jenny, mientras su hermana y su tía cambiaban estas palabras, atizaba los leños que ardian en la chimenea, aparentando no ver ni oír nada.

—Niña, la dijo la canonesa, acompaña á tu hermana hasta el carruaje.

—Con mucho gusto, tía, contestó Jenny.

Y echó delante de Enriqueta como si quisiese evitar una esplicacion.

Enriqueta, absorta en sus pensamientos, no hizo alto de nada; al abrazar á Jenny para subir al carruaje:

—Estás triste y pensativa, la dijo. ¿Te has enfadado?

—No... no... replicó Jenny.

Pero en su última caricia hubo algo de brusco, de enérgico y de apasionado.

Díjola adios, subió al carruaje y partió, desapareciendo á breves instantes en el camino de París.

Jenny permaneció inmóvil un momento, luego dirigióse lentamente á la quinta, entró en la sala y se arrodilló á los piés de la canonesa.

—Qué significa esto? preguntóla su tía sobreponiéndose á las ideas en que parecía abismada.

—Que lo he oído todo desde allí, contestó francamente la jóven señalando la puerta de escape que ocultaba la colgadura.

—Desdichada!

—Habeis oído á mi hermana hasta el fin, y hasta el fin me debeis oír á mí. Os lo suplico por su salvacion.

—Por su salvacion!

—Dios me ha inspirado el medio que íbais á pedirle os señalase.

—Habla, habla, contestó la canonesa cada vez mas atónita, pero bajo el imperio de la influencia que parecia brotar de los lábios de rosa y de los ojos de fuego de Jenny, que permanecia arrodillada á sus piés.

Durante este tiempo la señora de Favieres, camino de París, buscaba, como su tía y su hermana, un medio de salir de la situacion en que se encontraba, que la canonesa habia aclarado fielmente tal cual era. Pero Enriqueta, en el naufragio de sus ilusiones, ansiaba ardientemente saber la verdad, y para conseguirlo se proponia ver y hablar á Jorge inmediatamente.

Pero dónde encontrarle á aquella hora?

De repente sintió entre sus manos crispadas una cosa.... ¡La carta de la Fragonneta!

Hay instantes en que las mujeres tienen los ojos en la punta de los dedos. No necesitó Enriqueta ver la carta para convencerse que no era otra; á su contacto asaltóla un pensamiento atrevido.

Llamó al cochero, que detuvo el carruaje un tanto sorprendido, y le dijo:

—Al teatro de la Opera. Pára á la puerta por donde entran las actrices.

Llegaron á la calle Dronot, se apeó ella misma, entró en la porteria del teatro y preguntó al primero que vió en ella, poniéndole una moneda en la mano, dónde vivia la señora Fragonneta.

La contestaron que en la calle de Provenza, número 17.

Enriqueta volvió á montar en el carruaje y dijo al cochero:

—A la calle de Provenza; paráos frente á la casa núm. 17.

Algunos minutos despues paraba el carruaje en el sitio indicado.

Comenzaba á anochecer.

Con las manos cruzadas en el fondo del manguito, volvióse Enriqueta hácia la casa de la que creia su rival, y en esta postura, inmóvil, atenta, esperó.

Decir lo que pasaba en su pecho y en su cabeza, nos parece imposible.

Los últimos resplandores del crepúsculo habian hecho paso á la noche: comenzaban á no distinguirse los bultos.

El gas, iluminando el espacio, vino en auxilio de Enriqueta.

De repente hizo un movimiento.

Acababa de detenerse un carruaje á la puerta de la casa de Fragonneta.

Era el de su marido!

Se apeó un hombre, ¡era él!

Dejó caer la desventurada su cabeza sobre el pecho: hubiera jurado que una mano de hierro la apretaba el corazon.

Al herir el llamador la puerta, recobró el conocimiento, levantó la cabeza y gritó:

—Jorge!

Jorge se detuvo como dudando si habian pronunciado su nombre, y si aquella voz era la de su mujer.

—Jorge, volvió á gritar Enriqueta sacando la cabeza por la portezuela del carruaje.

Jorge, que se habia vuelto, conoció á su mujer y se dirigió hácia el carruaje.

—Enriqueta.... tú aquí.... á esta hora....

Con voz trémula pero con semblante sereno, le contestó:

—Caballero.... tengo que hablaros indispensablemente, y al punto.

El marido, pillado en fragante crimen de infidelidad, hizo al mal tiempo buena cara, subió al carruaje de su mujer, se sentó á su lado, y dijo al cochero:

—A casa... á escape...

VI.

En la realidad mas bien que en la novela se necesitan multitud de coincidencias para crear, preparar

y desarrollar una situación; una vez conseguido esto, los acontecimientos se suceden con increíble rapidez y á menudo, en un día, en una hora, se desenlaza el drama tan lentamente urdido.

Enriqueta y Jorge se hallan en la sala donde hace algunas horas Mauricio ha declarado á aquella su amor.

De comun acuerdo, han despedido los criados y cerrado las puertas.

Aun no ha desplegado los lábios la señora de Favieres. Se quita lentamente el sombrero y la mantelita, y se sienta.

Jorge durante la travesía había llamado en su auxilio á todo su ingenio para preparar un pretesto ó una excusa aceptables.

—Luego hablaremos, le dijo Enriqueta, cuantas veces intentó arrancarla de su mutismo absoluto, que comenzaba á inquietarle.

Védle: ya se pasea á lo largo de la sala, ya se acerca á Enriqueta, ya la habla en tono de broma; de repente advierte la profunda alteracion de sus facciones, y confuso, desesperado, arrepentido, se arroja á sus piés y la dice:

—Perdóname, Enriqueta; confieso que he faltado, pero te juro que no volverás á tener por causa mia el mas leve disgusto.

Y tendió la mano para estrechar con ella la de su mujer.

La señora de Favieres retrocedió, y mirándole fijamente y con amarga ironía:

—Caballero, le dijo, os habeis equivocado acerca del objeto de esta entrevista. Si se tratara de mi vanidad herida, de mi amor hollado, de mi honor perdido, no dirigiria una queja.

—De qué se trata, pues? preguntó Jorge con asombro.

Cerró Enriqueta los ojos como para concentrar mejor su pensamiento, y añadió luego:

—Señor de Favieres, cuando pedisteis mi mano, ¿no es cierto que no oscurecia mi reputacion la mas leve sombra?

—Es cierto; ¿pero qué me quereis decir?

Enriqueta, sin darse por entendida, continuó:

—Desde que os pertenezco, ¿la ha empañado alguna inconsecuencia, alguna coquetería, una palabra, un gesto? ¿No he sido casada, como soltera, digna de aprecio y de respeto?

—Me complazco en confesarlo.

—¿Luego, si hoy el mundo se crée con derecho á despreciarme, la culpa no es mia, sino vuestra?... Sí, vuestra... ¿Qué habeis hecho de mi honor?...

—Señora... Enriqueta...

—Ahorrad inútiles protestas... Un día ha bastado á envejecerme, y á la experiencia ne se la engaña... No me habeis comprendido? Mi tia la canonesa me ha abierto los ojos; todo lo sé.

—Todo!... pero qué es lo que sabeis? exclamó Jorge atónito y con impaciencia.

La señora de Favieres, incorporándose en la butaca y con los brazos cruzados, continuó:

—El mundo dice que sois un marido complaciente.... que Mauricio es mi querido.... que por mútuo consentimiento habitamos una misma casa mujer, marido y amante.

Jorge se levantó y lanzó un grito de despecho; este grito y el fuego que brotaba de sus ojos demostraron á Enriqueta que, si su marido era culpable, lo era por ligereza y ceguedad.

Verdad es que en semejantes casos la ligereza es un crimen.

Por una inconsecuencia, hija de su carácter, calmóse Jorge lentamente, y aunque con acento nervioso, dijo:

—Imposible! imposible! y por qué dicen eso?

—Por qué? replicó Enriqueta. Porque vuestra infame conducta legitima esas horribles suposiciones. ¿Creíais, por ventura, que el marido de una mujer jóven, cuya honra, al menos, merece alguna consideracion, puede, sin otro peligro que la crítica, que muchas veces lisonjea, vivir loca y desordenadamente como un soltero: asociarse mas tarde, á pretesto de reparar las brechas abiertas en su fortuna, con un hombre jóven y distinguido, introducirle en su casa, en fin, instalarle en ella? Es extraño que os maraville y creais imposible que el mundo, dispuesto siempre á pensar mal, acepte con regocijo lo que vos os habeis propuesto demostrarle, y que me suponga víctima de una infame venta, y que me desprecie como á una mujer perdida. Oh! basta de sufrimiento. Abandonadme, arrebatadme mi fortuna, pero devolvedme mi honra. Tengo derecho á exigirlo, y os lo exijo. Sí.... Pues es preciso que salga de esta casa, quiero salir con la cabeza erguida para que en todas partes digan al verme: la hemos calumniado, es una mujer honrada.

Si mas hubiera hablado la señora de Favieres, éste ciertamente no la hubiese interrumpido. Tambien se habian abierto sus ojos; comprendia su situación, y pálido, inmóvil, semejaba á un hombre que se despierta al borde de un precipicio.

—Es verdad! murmuró al cabo... En este instante... recuerdo multitud de circunstancias... palabras, miradas, sonrisas.... Imbécil! Perdon, Enriqueta, perdon!

Y como un criminal abrumado de remordimientos, inclinó la cabeza ante aquella mujer, tan resignada hasta entonces, que se constituia en su juez.

—Cuando me hayais devuelto la consideracion pública, le contestó, entonces, solo entonces podré responderos... Pero apresuráos... Yo ignoro el medio, pero debe haber alguno.... Buscadle al momento... Habeis dicho que sois un hombre honrado... ¡Te-

ned en cuenta que ese título no os pertenece hasta que hayais rehabilitado á vuestra mujer, y que vuestra mujer no podrá perdonaros hasta que se vea, como lo ha sido siempre, querida y estimada!...

A esta súplica Jorge irguió la cabeza y contestó con energía.

—Teneis razon, señora... no hay tiempo que perder.... Yo desde este instante impondré silencio á la calumnia y confundiré á los calumniadores.... ¿Pero cómo y dónde encontrarlos?

Antes de emprender la lucha retrocedia ante la imposibilidad de conseguir una victoria, que en el arrebató de su arrepentimiento creia tan fácil.

Asomó á los lábios de Enriqueta una desdeñosa sonrisa. Jorge, para quien pasó desapercibida, añadió en mal hora:

—Mauricio me aconsejará....

—Mauricio! siempre tres!

Habia en su acento y en su mirada un fondo de desprecio tal, que Jorge se estremeció.

—Señora!... balbuceó confundido.

—No acabareis de abrir los ojos? ¿Será preciso que os revele lo que me habia prometido ocultaros?

—Enriqueta!.. exclamó Jorge montando en cólera; Enriqueta!... ¿Qué os habíais prometido ocultarme?

Hubo un momento de silencio. No ignoraba Enriqueta que iba á lanzarse á un terreno peligroso, pero en su estado era imposible la prudencia, aparte de que el asombro de su marido la irritaba.

—Y si Mauricio me amára? añadió.

—Él!

—¿Y si hace un momento, aquí mismo, alentado por vuestra ciega confianza, por vuestras mentidas acusaciones, me hubiese revelado ese amor, reprimido hasta ahora por el respeto?

—Mauricio! exclamó Jorge poseido de una horrible angustia, aunque luchando todavía con la duda. Él... mi amigo, mi hermano.... No puedo, no quiero creerlos.

(Se continuará.)

ENRIQUE HERNANDEZ.

LA DESPOSADA DEL MARINO.

LEYENDA.

Hace algunos años que viajando por las costas del Océano y buscando en ellas la frescura y la quietud de que nos priva nuestra vida cortesana, atravesando amenos valles y trepando por elevadas montañas, llegamos á una pintoresca aldea cuya posicion nos

encantó, y como no llevábamos mas guia que nuestro capricho, ni mas objeto que disfrutar solaz, suspendimos nuestra marcha y decidimos permanecer en aquel delicioso pueblo algunos dias.

Preguntamos, pues, si habia alguna casa con bastante comodidad para alojarnos, y habiéndonos contestado afirmativamente, despedimos los caballos y nos instalamos en una casita pobre y limpia.

La familia que la habitaba era reducida: el jefe de ella habia sido pescador, y á la sazón era un anciano cuyos cabellos, completamente blancos, y cuya tez, quemada por el sol y el aire del mar, contrastaban de un modo notable, pero sin dar por esto dureza alguna á su semblante noble y espresivo, donde se adivinaba un alma enérgica y un corazon generoso.

Una mujer como de unos treinta y ocho á cuarenta años, y una jóven de diez y ocho á veinte, la primera hija, la segunda nieta, componian toda la familia del pescador.

La hija, es decir, la mujer de los treinta y ocho años, apenas se apercibió de nuestra presencia, y dirigiéndonos un saludo indiferente, pero que no dejaba de ser respetuoso, no se movió siquiera del asiento que ocupaba en uno de los lados del portal; la jóven, por el contrario, se apresuró á ofrecernos cuanto pudiéramos desear, y nos condujo con agrado á una vasta y cómoda habitacion que habia en el piso superior.

No hay pluma por bien cortada, ni imaginacion por fecunda que sea, que pueda describir la gracia, la frescura y el encanto que atesoraba en sí aquella jóven aldeana, cuyas maneras naturalmente distinguidas, y cuyas frases corteses y discretas, no hubiera desdeñado la mas fina cortesana.

Figúrense nuestras lectoras un rostro perfectamente ovalado, unos ojos negros, vivos, dulces, parleros, de esos que dejan adivinar en su locuaz expresion las frases que no han tenido tiempo de articular los lábios; una boca riante, fresca y graciosa, que formaba dos deliciosos y picantes-hoyuelos en sus rosadas y redondas mejillas, algo tostadas por los aires del valle, pero que no por esto perdian nada de su transparente finura, sino que, por el contrario, esto mismo añadia atractivo y animacion á su semblante simpático y gracioso, y en fin, unos cabellos negros, lustrosos y abundantes, que caian en dos rizados bandós sobre sus desarrugadas sienes formando un soberbio pabellon que coronaba dignamente su inteligente á la vez que noble y tersa frente, y si no muy completa, tendrán nuestras lectoras una idea aproximada de lo que era Amanda, la nieta del pescador, que para complemento estaba en lo mas lozano de esa edad en que, segun un dicho muy vulgar, no hay nadie feo, porque tiene el encanto de seducir y cautivar.

Amanda habia perdido á su madre al nacer, y su padre, marino tambien, navegaba constantemente, de modo que se habia criado al lado de sus abuelos, recibiendo el último suspiro de la mujer del pescador, que solo hacia dos años que habia abandonado este valle de lágrimas por un mundo mejor. Desde esta época, Amanda habia consagrado su vida entera al cuidado de su abuelito y de su tia, que padecia una enagenacion mental, pero que era pacífica é inofensiva, aunque falta de razon.

Edita, la loca, como la llamaban en todo el pueblo, tampoco era una figura despreciable en aquel interesante y sencillo cuadro, y además, siendo ella la principal heroina de nuestra breve historia, no podemos dispensarnos del deber de describirla si hemos de fijar la atencion de nuestras lectoras. Ya hemos dicho que tenia de treinta y ocho á cuarenta años: era alta y esbelta; su semblante, pálido y casi lívido á causa del insomnio, tenia una espresion tan dolorosa, que no podia uno mirarla sin sentirse conmovido; sus ojos eran grandes y espresivos, y la fiebre, el delirio que trastornaba su cerebro, les daba un brillo siniestro á veces, mientras otras reflejaba un dolor unido á un destello de salvaje inteligencia.

Casi nunca hablaba, y cuando lo hacia, sus palabras, lentas y entrecortadas, parecian un suspiro ó una oracion, y cuando en fin se sonreia, su boca tenia una gracia tal, manifestaba una bondad, una dulzura, que seducia y cautivaba.

Siempre estaba engalanada: la habia dado el delirio por componerse, y cuando veia personas estrañas lo primero que hacia era preguntarles si la encontraban hermosa, y si no era verdad que era la mas bella de la comarca.

Cuando nos hizo su habitual pregunta, la respondimos afirmativamente.

—Verdad, añadió mirando de un modo estraño, ¿verdad que no es mi falta de hermosura lo que le pudo alejar de mí?

Yo iba á contestar, cuando Amanda se acercó y me dijo casi al oido:

—No la conteste Vd.; cuando la prestan atencion se exalta tanto....

—Está demente? pregunté á mi vez fijando en la loca mi atencion.

Pobre mujer!

—Hace muchos años, dijo Amanda, yo la he conocido siempre así.

—Y es alguna ingratitud? la infidelidad de algun amante lo que ha trastornado su razon? He oido decir que las mujeres solo se vuelven locas por amor.

—No señora, repuso Amanda, es todavía peor.

—Deseo saber esa historia, dije mirando compadecida á la pobre loca, y si Vd. no halla importuno mi deseo, tendré sumo gusto en que me la refiera:

—Sí lo haré, dijo Amanda, pero cuando no nos oiga, porque aunque parece que no comprende....

—Todas me envidian, tambien ésta: exclamó Editá interrumpiéndonos.

—Lo dice por mí? pregunté.

—Sí señora: tiene la mania de creer que por medio de algun sortilegio atrajeron sobre ella la desgracia otras mujeres, envidiosas de la dicha que ella alcanzaba.

Cuando subimos á nuestra habitacion, supliqué de nuevo á la complaciente Amanda me contase la historia de su tia, por la que me sentia vivamente interesada, y ella, accediendo á mis deseos, comenzó su relato, el que sin quitar ni añadir nada de nuestra propia cosecha, vamos á trascribir á nuestras lectoras.

Hace unos veinte años, que á causa de un gran temporal arribó á estas playas un buque extranjero; sus averías hicieron permanecer á los tripulantes largo tiempo en nuestras costas, y el capitan, que era un jóven tan gallardo como simpático, se prendó tanto de la hospitalidad con que fué acogido y de la belleza y buena posicion de nuestro puerto, que no sabia cómo abandonarle, y cada dia buscaba un nuevo pretesto para diferir su partida.

Largo tiempo hacia que el buque estaba reparado y en estado de emprender largas travesías, y sin embargo el capitan, lejos de aprestarse para la marcha, parecia como enclavado en nuestro suelo, y sin que hubiera fuerzas que le arrancáran de él.

Los mas suspicaces y maliciosos comenzaron á murmurar y á buscar con todo el interés de la curiosidad las causas de aquel abandono y de aquella reprehensible apatía.

No faltó, pues, quien se propusiera espiar todas sus acciones para descubrir aquel secreto, y no tardó en correr de boca en boca que el jóven capitan estaba enamorado, y que su amor era la causa de su detencion, pero nadie pronunciaba el nombre de la mujer que habia cautivado su corazon, y era que este nombre merecia tal respeto y veneracion, que nadie se atrevia á profanarle. Pues entre nosotros, añadió Amanda, se mira casi como una deshonra para la familia el que una jóven ponga los ojos en un forastero en desprecio de los parientes ó vecinos, cuanto mas, ofrecer su amor y su fé á un extranjero á quien nadie conocia.

(Se concluirá)

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO Y PICA.



TEATROS.

Una de las peores quincenas del año cómico es, á no dudarlo, la que estamos atravesando, tanto para las empresas teatrales como para la literatura dramática. Tras de los esfuerzos hechos en todos los coliseos durante las fiestas que acaban de trascurrir por presentar en ellos diversas novedades en las dos funciones que se verifican la mayor parte de los días; tras del afán con que la masa general del público acude á las representaciones, se sigue forzosamente un período de reacción en el cual dejan de estrenarse obras, y disminuye por algun tiempo la concurrencia de los aficionados. Hé aquí por qué nada nuevo tuvimos que comunicar á nuestras lectoras en el pasado número de este periódico; hé aquí por qué hoy tendremos que ser menos extensos contra nuestra voluntad, á pesar de referirnos á producciones de que ya hemos hablado, puesto que con la parte verdaderamente nueva no habria materia bastante para nuestra ordinaria revista.

Desaparecida de la escena del PRINCIPE la comedia del señor Escrich, única novedad en aquel estrenada durante las últimas Pascuas, se ha llenado el número de algunas representaciones con obras conocidas del repertorio, entre las cuales figuran *El tanto por ciento* del señor Ayala, y *Traidor, inconfeso y mártir* del señor Zorrilla. Deseando dar novedad á las funciones y rendir un tributo al arte, dispone la empresa para el día de mañana una solemnidad dramática destinada á honrar el aniversario del nacimiento del príncipe del teatro español, D. Pedro Calderon de la Barca. Á este fin se estrenará un *auto dramático, alegórico*, que lleva por título *¿Cuál es mayor perfeccion?* escrito expresamente por un *ingénio de esta corte*, cuyo nombre distinguido se sabe en los círculos literarios, y el cual no tenemos derecho á revelar. Á continuacion de esta obra, hecha á imitacion de los *autos sacramentales* del poeta festejado, se pondrá en escena una famosa comedia de éste, *Mañanas de Abril y Mayo*, refundida por el expresado ingénio con esquisito celo y honorífico deseo del acierto, como indican los carteles.—Deseamos sinceramente buen éxito á tan distinguida funcion.

Afortunado VARIEDADES con *La cruz del matrimonio*, sigue representando esta hermosa comedia desde que se estrenó en Noviembre último; y como dicha cruz no parece pesada al público, éste ha llenado ya aquel coliseo cuarenta y ocho noches consecutivas hasta el día en que trazamos estas líneas. Cuando cese esta primera série de representaciones, lo cual no se puede calcular por ahora, se estrenarán en el mismo teatro varias obras anunciadas ha tiem-

po, á saber, *La última pincelada*, *La flor trasplantada*, *El caballero pobre*, y otra de que últimamente se ha hablado, titulada *La hermana de leche*, original de un eminente y fecundísimo autor de la escena española.—Inútil creémos decir los deseos que tenemos en pro del éxito de estas producciones.

En el propio día en que esto escribimos, se estrena en NOVEDADES un drama original, en tres actos y en verso, cuyo título es *Deuda sagrada*. Cuando lo hayamos visto, le consagraremos en nuestra reseña la mencion oportuna.

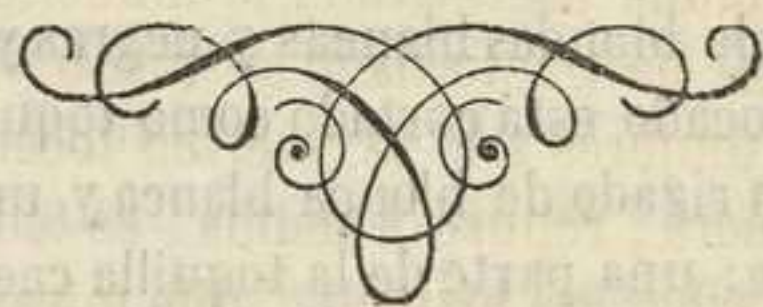
Con buen resultado se estrenó el lunes último en el coliseo de la ZARZUELA la en un acto titulada *El hijo de D. José*. Graciosa en su pensamiento, fácil en su desarrollo, y salpicada de chistes, agradó al público á quien hizo reir; si bien en ella no deja de haber motivos de censura por lo caricaturesco de algunas de sus situaciones, por el poco esmero con que en general está escrita y por la índole no muy culta de algunas de sus gracias.—La música de esta zarzuela, compuesta al parecer sin altas pretensiones, y escasa en cantidad, nos pareció delicada, correcta y llena de muy bellos detalles que quisiéramos recordar bastante para poder mentarlos particularmente. Fué favorecida con algunos aplausos, y creemos que mayores los merecia.—En resúmen: *El hijo de D. José* es una obrita agradable que entretuvo á la concurrencia. Al final pidióse que salieran los autores, y despues de publicados los nombres, se presentaron en la escena los señores Frontaura y Vazquez que lo eran.

Dentro de pocos días se estrenará en el mismo teatro otra zarzuela en dos actos, titulada *El mudo*, de la cual trataremos en tiempo oportuno.

Nada queremos decir por hoy del TEATRO REAL porque deseamos hablar de él con mayor detenimiento. Sólo consignaremos que siempre que se canta la *Martha* del maestro Flotow no cabe una persona más en aquel inmenso coliseo, y que es frecuentemente interrumpida por calorosos aplausos. *I Puritani* está para representarse, y se halla en estudio *Gli Hugonotti*, habiéndose suscitado debates anticipados acerca de la ejecucion de esta última ópera.

Del Circo nada nuevo podemos decir por hoy sino que se prepara el beneficio de la señorita Ramos, y que en él se cantará la bella zarzuela de los señores García Gutierrez y Arrieta, titulada *Dos coronas*.

ANTONIO ARNAO.



MODAS.



Explicacion del FIGURIN, núm. 658.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE. — *Vestido* de glassé verde. El cuerpo es alto, y va guarnecido de terciopelitos negros formando cuadros al biés y figurando un corpiño á la suiza: desde el escote de este corpiño al del vestido hay tres botones á cada lado de la costura del pecho. La manga no lleva pliegues en la pegadura y es ancha de abajo, figurando vuelta un adorno del *cuadrillé* de terciopelitos. Otro adorno de estos guarnece el bajo de la falda hasta la altura de 40 centímetros, terminado arriba y abajo por otro terciopelito puesto horizontal.

Sombrero de crespon blanco, liso y tendido. Un adorno de terciopelo color de rosa cubre la parte superior del ala y viene á terminar en punta, descansando en lo alto de la copa con un flequillo de seda, debajo del cual sale una blonda blanca bastante ancha, tambien en figura de toquilla: otra blonda negra cae por detrás de la misma manera cubriendo con exceso el bavolet. Las bridas son de cinta de seda blanca, núm. 30.

Cuello de encaje blanco.

Manga blanca de muselina, guarnecida de encaje en el puño.

FIG. 2.^a TRAJE DE CASA. — *Bata* de grós, color de pensamiento. La espalda de este traje forma tres pliegues que caen de alto á bajo: los delanteros van abiertos, y tambien hacen pliegues, sujetos con un rico cordon de seda que nace de cada lado y se anuda adelante, cayendo sus cabos bastante largos con sus borlas correspondientes. Dos entredoses de guipur se cosen lisos al escote y bajan por cada lado del pecho en largos desiguales. La manga es de codo bastante bajo, con una vuelta ancha guarnecida de un entredos y tres botones. La falda tiene un escote ó pequeña abertura á cada lado del bajo, y deja ver la enagua bordada, que para el efecto tiene que ser tan larga como el vestido: los bolsillos, puestos al biés, tambien van guarnecidos de un entredos de guipur.

Prendido á la Maintenon de tul negro bordado, guarnecido de blondas blancas y negras y cintas verdes. Este tocado está cortado como toquilla, y tiene alrededor un rizado de blonda blanca y un volante de blonda negra: una parte de la toquilla cae redondeada por detrás como un bavolet. Sobre la frente se coloca una rosa con su follaje, entre la blonda blanca plegada que cae por ambos lados, y detrás de la rosa la-

zadas de cinta de seda verde con sus cabos á cada lado. Por detrás hay un lazo de cinta verde que sujeta la toquilla á la blonda que sirve de bavolet: otro lazo, puesto bastante bajo, sostiene por delante las bridas ó barbas del prendido.

FIG. 3.^a TRAJE DE BAILE PARA NIÑA. — *Vestido* de muselina lisa. El cuerpo es escotado y fruncido en la cintura, guarnecido el escote por dos órdenes de follados, pasándose entre el superior una cinta rosa que forma un lazo en cada hombro. Sobre la manga corta y hueca se coloca un adorno de grós color de rosa, cortado en picos, que se cosen á la muselina. La falda va guarnecida de varios órdenes de bulloncitos, formando pirámides inversos hasta el bajo, en cuyos intervalos se colocan otras lisas de grós color de rosa, con la punta hácia arriba. Un cinturón *Médecis* termina el vestido.

Prendido de cinta, color de rosa, formando diadema sobre la frente.

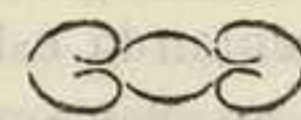
Botitas de raso, color de rosa.

Explicacion del pliego de Dibujos.



- NUM. 1. *Cuello* bordado al minuto.
- NÚM. 2. *Puño* correspondiente.
- NUM. 3. *Escudo* bordado á plumetis.
- NÚM. 4. *Cenefa* bordada de aplicacion, para alba ó sabanilla de altar.
- NUM. 5. *Esquina* de pañuelo bordada á plumetis.
- NÚM. 6. *Entredos* á la inglesa.
- NÚM. 7. *Otro* á la inglesa y pasado, para ropa de niño.
- NUM. 8. *Otro* de bordado telegráfico para enagua.
- NUM. 9. *Otro* á la inglesa.
- NUM. 10. *Cenefa* bordada al minuto, para gorras de mañana.
- NUM. 11. *Esquina* de pañuelo, bordado al minuto.
- NUM. 12. *Escudo* bordado á plumetis.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO. — P. J. de la Peña.